

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES.

Año VII.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 37.

SUMARIO.

ISABEL LA CATOLICA, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—POESIA, por Juan Diez Lopez.—
UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

MUJERES CELEBES.

Isabel la Católica.

(Continuacion.)

Pero la noble actitud de la jóven en nada pudo torcer el curso de los sucesos.

El rey dió poco valor á aquella protesta, y el destino de Isabel se hubiera fijado para siempre, si Dios que la tenia escogida para tan altos fines no hubiera interpuesto por segunda vez la muerte, para dejarla en libertad.

El maestro presa de una aguda enfermedad murió antes de haber podido llamar á a lin-

fanta esposa suya, quedando esta, y apesar de los temores de su hermano, dueña de su mano y de su porvenir.

Los grandes del reino, quejosos ó descontentos de D. Enrique, levantaron por entonces bandera por el infante D. Alfonso, le proclamaron por su rey, apoderándose en su nombre de Segovia y de su alcazar en 1467. Isabel, resentida por la conducta de su hermano mayor, se unió al partido de D. Alfonso, y quiso compartir con el los azares de aquella lucha que entre ambos empezaba á iniciarse.

Pero á pesar del gran número de nobles que se declaraban en favor del nuevo rey, Dios no habia dispuesto que la corona de Castilla cayese aun de las sienes de D. Enrique, y poco tiempo despues de la proclamacion de D. Alfonso, este moria en Cardenosa el 5 de Julio de 1468 á consecuencia de una enfermedad epidémica que afligia á la población.

Isabel lloró sinceramente á su hermano, y fué llevada á Avila por los partidarios de éste,

que veian en aquella niña la mas legítima esperanza del reino de Castilla.

Allí comprendiendo todo el valor de la jóven infanta, la quisieron reconocer como única y legítima heredera del trono, asegurándola que todas las villas y ciudades estaban dispuestas á no tolerar que la Baltraneja ciñese la corona que la venian á ofrecer.

Aquella ocasion fue la primera en que Isabel pudo dar una muestra de su alta política y de su noble desinterés.

Si su amor al reino, si su anhelo por derroamar el bien en su pueblo, hicieran por un momento latir su corazon con el deseo de subir al trono que entonces ocupaba legítimamente D. Enrique, supo vencerse á si misma, reusando aquella lisonjera oferta, y como dice el Padre Flores, «merecer mas aplauso por lo que dejó, que por lo que hubiera conseguido.»

«Deseo una larga vida al rey, contestó, y mientras él exista, jamás consentire en tomar el título de reina.

Trabajad con todo vuestro poder para dar la paz al reino y restablecer la autoridad de mi hermano: he aquí el servicio glorioso que yo aguardo del cielo y de la lealtad que me demostrais.»

Esta repuesta, tan digna como llena de rectitud y sabiduria, convenció á los que la escucharon, de que Isabel era mas digna de la corona cuanto mas la reusaba, y de que era preciso que obtuviese por el derecho lo que no habia querido admitir por la fuerza.

Redujéronse pues á la obediencia, y se sometieron al rey, pero exigiéndole, á mas del perdon completo de los sublevados, que hiciese jurar como su sucesora á su hermana D.^a Isabel.

Obligado por las circunstancias y deseoso de poner término á los disturbios del reino, Enrique accedió á los deseos de sus súbditos y previa la absolucion del nuncio pontificio, por los compromisos anteriores D.^a Isabel fué jurada heredera de Castilla en la Venta de los toros de Guisando, el 19 de Setiembre de 1468.

El rey con la nueva princesa se dirigieron desde allí á Cadahalso, acompañados de todos los grandes y señores que habian presenciado tan solemne acto.

Isabel cumplia entonces sus diez y siete años y la corte volvió á pensar en la necesidad de su casamiento, ella misma comprendió la conveniencia de aceptar un esposo, y anteponiendo á su propia felicidad el bien del estado dió su asentimiento para el proyecto, aunque no precipitándose para la eleccion.

Negocio de tal importancia, asunto de trascendencia tal no debia ser, para una mujer como Isabel, una cuestion puramente de estado.

El elegido para compañero de su vida debia ser como ella, noble, generoso, y magnánimo, y sobre todo creyente, fervoroso y ardiente guardador de la fé cristiana.

La jóven, invocó en su favor la ayuda del cielo, para el buen exito de su eleccion rogándole que iluminase su mente en aquellos instantes y que bendijese su decision.

Además, prudente y precabida en todo se aconsejó de barones esclarecidos por su virtud y por su ciencia, y se informó secretamente y con severa escrupulosidad de las condiciones, prendas, carácter y costumbres de todos los que aspiraban á la dicha de obtener su mano.

Ninguno, entre todos, reunia las condiciones que el jóven, príncipe de Aragon y rey de Sicilia.

De afable carácter, recto juicio, y piedad acendrada y talento nada vulgar, era D. Fernando el tipo perfecto del monarca y del caballero, y la princesa de Castilla supo comprenderle y preferirle entre los demás.

No agradó á Enrique la decision de su hermana y quiso contrariarla, volviendo á proponerla el enlace con el rey viudo de Portugal.

Pero Isabel con aquella firmeza de voluntad que fué una de las prendas que mas avaloraron su caracter declaró que no se apartaria de lo que ya habia resuelto, y que solo el príncipe de Aragon, seria el compañero de su vida.

Tenáz en su propósito, y ayudada en él por algunos nobles, hizo que D. Fernando viniese secretamente á Castilla, acompañado de D. Pedro Manrique conde de Treviño y después duque de Nájera, y de otros grandes señores castellanos y aragoneses.

La princesa les esperaba en Valladolid á donde habia llegado con algunos fieles servidores suyos, y allí, en el palacio de D. Juan de Vivero, se unieron ante Dios los que después habian de ser gloria de su patria, y firme baluarte de la fe de Cristo.

Este enlace tuvo lugar el 18 de Octubre de 1469.

Aquel lazo formado en un principio por la conveniencia y la razon, se tornó bien pronto en cadena de flores embellecida por el amor, y perfumada por la felicidad.

Isabel y Fernando se amaron con todo el ardor de la juventud, y con toda la fuerza que puede prestar á la pasion, la mútua estima y el convencimiento de las altas prendas que adornan al objeto amado.

Siete dias antes de verificar su matrimonio la princesa habia escrito á su hermano una larga carta llena de respeto, pero á la par de dignidad, explicándole los motivos que la impulsaban á llevar á cabo su boda con el rey de Sicilia, y á precipitar la realizacion de ella sin aguardar su venia; y asegurándole que su decision era hija de largas reflexiones y de importantísimas consideraciones.

Además, le pedia permiso para presentarse en la corte con su esposo, ofreciéndole que seria para él una hija sumisa y obediente, si como á tal queria recibirla.

Esta carta llegó á manos de Enrique que se hallaba en Sevilla, causándole un profundo asombro y un indecible disgusto.

Tambien y apenas concluida la ceremonia nupcial, los nuevos esposos, le enviaron sus embajadores dándole cuenta de todo, y asegurándole que sus propósitos eran unirse á él para servirle y obedecerle como á padre y soberano, ayudándole á conservar sus estados y á engrandecer á su reino.

Los enviados que llevaron este mensaje

pusieron tambien en las manos de D. Enrique las capitulaciones de aquel matrimonio, firmadas por D. Fernando y estipuladas por D^a. Isabel.

Aquellas capitulaciones eran una prueba patente de la sabiduria y la previcion de la jóven, eran una prueba irrecusable de su amor á los pueblos que la habian jurado princesa, y del respeto y la veneracion que le inspiraba su hermano.

Nada habia olvidado allí, mostrándose en aquel documento de tan altísima importancia gran reina, amante hermana, hija modelo y cristiana sin igual.

D. Enrique escuchó á los enviados de Isabel con marcada frialdad, y los despidió diciendo que aquel asunto era grave, y requería por consiguiente tiempo y consejo para contestar.

Los príncipes aguardaron, sin querer violentar la voluntad del rey.

Con motivos de estos sucesos, y aprovechando la especie de separacion que existia entre los dos hermanos, los amigos de la reina D^a. Juana, madre de la Beltraneja, empezaron á suscitar de nuevo la cuestion de la herencia y sucesion de esta, y el reino se dividió en bandas y partidas, desgracia inmensa para la pobre Castilla.

D^a. Isabel que nada ambicionaba tanto como la paz de su amado pueblo, volvió á dirigirse al rey solicitando su amistad.

D. Enrique contestó muy cortes, pero sin desearse á recibir á los príncipes en su corte ni á reponerlos en su gracia.

D^a. Isabel y D. Fernando en vista de esta conducta se retiraron á la villa de Dueñas, donde pasaron algun tiempo, y á donde Dios se dignó estrechar los lazos que los unian, ciñendo por primeravez á la hermosa frente de Isabel con la santa corona de madre.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

AL ILUSTRE POETA

Bernardo Lopez Garcia*en su meditacion del Escorial.*

Con sentimiento profundo
á un vate escuché cantar,
ó mejor dicho; insultar
al gran Felipe Segundo.

Con arrebatado tono
y saña descomunal,
le llamaba al tribunal
del siglo decimonono.

Sal! le gritaba iracundo
sal de la nevada fosa!
pero el monarca reposa
en el sueño mas profundo.

Levántate, Real Alteza,
siguió el poeta cantando,
verás un siglo eclipsando
el brillo de tu grandeza.

«Ante los juicios humanos
obra tu cabeza inerte;
Felipe, que ni en la muerte
deben dormir los tiranos...

De aquella imaginacion
arrebatada y fogosa,
se oyó la voz pavorosa
en toda la Creacion.

El insulto de su canto
cruzó valles y colinas
y retumbó en Gravelinas
en San Quintin y Lepanto.

Tirano sí!... Repitió
con acento ronco y fiero
el espectro de Lutero
y en el infierno se hundió.

Tirano!... gritó Luzbel,
ébrio de cólera y saña,
si yo no dominé á España
la culpa la tuvo él.

Tirano!... El racionalismo
con voz fétida clamaba,
tirano que no dejaba
perseguir al cristianismo.

Tirano! gritó el error
en cuanto la esfera abarca,
ese temible monarca
fué mi enemigo mayor.

Tirano! dijo en su llanto
la media luna abatida,
por su culpa, redimida
quedó la Europa en Lepanto.

Tirano! exclamó Isabel

desde la altiva Albion,
no humillé la religion
porque se interpuso él.

Tirano! dijo por fin
el galo con arrogancia
por culpa suya la Francia
fué hundida en San Quintin.

En el panteon se escuchaba
una voz triste y sombría
que de este modo argüia
al poeta que cantaba:

Génio sublime y fecundo.
Bernardo Lopez Garcia,
¿es esa la tiranía
del gran Felipe Segundo?

Nada oye el vate precoz,
su mente fiera se agita,
y ciega y loca le dicta
un insulto en cada voz,

«Tu no dejaste que al viento
lanzara su luz la ciencia,
y así á tu impura conciencia
agobió el remordimiento...

A tan ruda increpacion
la luz vacila y perece,
y el templo oscuro enmudece
de una santa indignacion.

Hasta las tumbas se indignan;
en los sudarios envueltos
se alzan miles de esqueletos
y al Escorial se encaminan.

Ya llegan... Sin confusion
uno á uno van entrando
en silencio, murmurando
una bendita oracion

Al verlos entrar, pasmado
queda el vate, quiere huir;
mas no es posible salir
que las puertas se han cerrado.

Gran poeta, no te espantes
ante esa legion que llega.
son Tirso, Lope de Vega
y Calderon y Cervantes.

Su siglo aquí les envia
como abogados modestos;
no temas, que no son estos
los abogados del día,

Les siguen los capitanes,
los santos y los doctores,
los artistas y escritores
de aquel siglo de titanes.

Todos tomaron asiento:
el vate sigue callando
con pavor, sus piés temblando

sobre el frío pavimento.

Se levantó Calderón
majestuoso y sereno,
y exclamó con voz de trueno
que estremeció al panteón:

«Génio vigoroso y fuerte,
vate á quien el mundo admira,
¿Por qué razón hoy tu lira
turba el sueño de la muerte?

¿Por qué tu imaginación
ciega de enojo se ensaña
contra el monarca que á España
hizo la primer nación?

¿Por qué con tono importuno
Cubres su frente de apodos?
Tuvo faltas como todos
fué grande como ninguno.

Le citas ante la ley
de este siglo... ¡Vano empeño!
este siglo es muy pequeño
para juzgar tan gran rey.

Respeto á su tiranía
ya te contestó la historia,
escucha y oirás la gloria
que alcanzó la poesía.

Desde el Oriente al Ocaso
sabes que la fama llega
del grande Lope de Vega
del príncipe del Parnaso.

Los ingenios más brillantes
que hoy lucen á competencia,
¿podrán eclipsar la ciencia
del gran Miguel de Cervantes?

¿Hay musa tan peregrina
en este siglo ilustrado
á la que no haya eclipsado
la de Tirso de Molina?

Dejemos ya de ensalzar:
poeta, vé tu contando
yo te los iré nombrando:
ahí tienes á Baltasar,

Rioja, Polo, Salmerón,
Balbuena, Rueda, Medina,
Zárate, Vives, Molina,
á Ponce, Castro, Chacón,
Covarrubias, Melchor Cano,
Guevara, Ercilla, Quevedo,
Victoria, Oliva y Oviedo,
Zurita, Herrera y Montano.

Mendoza, Soto, Argensola...
que tremolaron doquiera,
la inmaculada bandera
de la alta ciencia española.

Hablar de mí no es prudente;
tú sabes son inmortales

los autos sacramentales
que brotaron de mi mente.

A pesar de la demencia
de las modernas edades,
aún hay Univerdades
que edificó nuestra ciencia.

Se alzaron como á porfía,
en Quito, Lima, Gerona,
Orihuela, Tarragona,
Méjico, Osuna y Gandía...

Entonces la sana ciencia
como brilla el sol brilló,
y por doquier difundió
su benéfica influencia.

En santidad no conozco
siglo que exhale más luz
con Borja, Juan de la Cruz,
con Villanueva y Orozco.

Fáltale á mi voz espacio
para ensalzar la memoria,
la santidad y la gloria
del caritativo Ignacio.

Si Teresa de Jesús
toma del cielo el camino,
con su talento divino
al mundo inunda de luz.

Y Javier de santo celo
abrasado el corazón,
no deja oculta región
por conquistar para el cielo.

Por mas que en canto sonoro
á ese siglo calumniéis,
ese siglo diez y seis
fué nuestro siglo de oro.

¿Conoce nadie en verdad,
registra acaso la historia
otro siglo de mas gloria
de mas ciencia y santidad?

De la fé cristiana en pos,
no por adquirir renombre,
alzaba templos el hombre
do glorificar á Dios.

Hoy, escucha y no te asombres,
de la vana ciencia en pos,
para blasfemar de Dios
alzan cátedras los hombres.

Para ofrecer sacrificios
á Dios, se alzaron altares;
hoy se crean lupanares
para fomentar los vicios.

Hoy cuanto la ciencia crea,
cuanto se inventa en la tierra,
en hacer á Dios la guerra
únicamente se emplea...

Mira, también aquí están,

Gonzalo, Cortés, Pizarro,
Pereira, Leiva, Navarro,
Alva, el de Austria y Bazan.

Esos son los campeones
que dos mundos conquistaron,
y por doquier tremolaron
con gloria nuestros pendones.

Y con valor sin segundo
hicieron su esclavo al sol,
y al noble pueblo español
el primer pueblo del mundo.

¿Qué ha sido de los terrenos
inmensos que conquistaron?
¡Ya no existen!... Ya pasaron
á ser dominios ajenos.

¿Qué ha sido de aquella gloria
cuyo reflejo fecundo
iluminó todo el mundo.
y eternizó á nuestra historia?

¡Ay, la España de Pavia
perdió su antigua grandeza.
su honor, su fé, su nobleza
y proverbial hidalguía.

Si la patria de Cisneros
avergonzarse pudiera,
en el abismo se hundiera
al verse sin caballeros.

Hoy la que fué á las naciones
envidia, terror y espanto,
llora contemplando el manto
de su honra hecho girones.

La que siempre á competencia
desde Sertorio á Pelayo,
desde Auseva al Dos de Mayo
luchó por su independencia.

La que con rostro altanero
dictó al universo leyes
en el trono de sus reyes
vió sentarse un extranjero,

Mira este templo suntuoso,
grande, bello, sin igual,
de nambradia inmortal
sublime y magestuoso.

Este templo patentiza
la fe de un pueblo gigante
y de sus glorias amante
que su nombre inmortaliza

Aquí Toledo y Herrera
su memoria eternizaron,
pues con su ingenio asombraron
á la creacion entera...

.....
.....

Poeta, llegó la hora
de volvernos á la tumba;
antes que España sucumba
de Dios el perdon implora.

¡Ay de la España moderna
que abandona su creencia
y orgullosa con su ciencia
no piensa en la vida eterna.

Si mi voz un trueno fuera
que en todo el orbe estallara,
á los hombres congregara
y estas palabras dijera.

¿Volais de la ciencia en pos
sin fé, con Dios en contienda?
Pues que la ciencia os defienda
ante los juicios de Dios...

.....

Entre las sombras oscuras
todos desaparecieron,
y rezando se volvieron
á las frias sepulturas.

El vate solo, llorando
se postra en el pavimento,
al Divino Sacramento
un soneto murmurando,

Juan Díaz López.

UN MAR SIN PUERTO

Novela original

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez

Fausto, desdeñando mezclarse con aquellas sencillas gentes, no creyendo en su vanidad que tenía nada de comun con ellas, había inventado aquella mañana una cacería que debía alejarle por algunas horas del pueblo.

Pedro había salido muy de mañana también sin decir á donde iba, y sin despedirse de su esposa: es-

ta pues estaba sola como hemos dicho, y aislada entre sus convecinas, pues el orgullo y el aire altanero de su hijo habia hecho que todos huyeran de él y de aquella pobre familia.

Todos esperaban llenos de ansiedad.

Al fin y en medio de un silencio angustioso empezó el sorteo.

Los nombres de algunos jóvenes fueron pronunciados en alta voz.

En pos de cada uno de ellos se fué publicando un número. Asi llegaron hasta el seis.

A aquellas palabras que decidian la suerte de un hombre, respondian gritos de angustia, gemidos, quejas y lamentos.

Aquello era un duelo, un mar de dolores.

Solo faltaba un hombre, solo quedaba el número siete.

El corazon de Gabriela queria saltarse de su pecho. La esperanza empezaba á iluminar sus ojos y su alma.

Uno, uno ya no más.... quizá Fausto iba á quedar libre! quizá el destino que le habia protegido hasta entonces iba á seguir favoreciéndole, y apesar de todo, apesar de las promesas de su esposo, Gabriela temblaba, Gabriela tenia miedo!

De qué? no lo sabia! pero un presentimiento horrible oprimia su pecho y oscurecia su razon.

—Fausto de Meran, exclamó un acento claro y vibrante.

—Es el número siete! respondió otra voz en seguida. Dos gritos distintos se dejaron oír en dos direcciones distintas tambien.

La una era de Gabriela que exclamaba con un gemido del alma.

—Mi hijo!

La otra era la de Pedro que gritaba á la par:

—Es libre! es hijo de viuda!

Despues... oh! despues una detonacion espantosa rompió el silencio general.

Pedro habia cumplido su promesa.

Gabriela tendria á su hijo, pero habia perdido á su esposo.

El infeliz anciano habia comprado con su su vida la libertad de Fausto: una acababa de poner fin á su existencia.

Cuando pasado el primer momento de estupor corrieron á darle auxilio, solo levantaron del suelo un cadáver.

En cuanto á su esposa fué llevada sin sentido á su casa por algunos piadosos vecinos.

El joven que se vio obligado á reemplazar á Fausto, era huérfano, pero no estaba aislado en el mundo. ¡Tenia una muger que le amaba!

Una pobre niña llamada Consuelo, buena como

un ángel y hermosa y pura como las flores de los campos, la habia consagrado su vida.

Sola y pobre como él, sus corazones, se habian comprendido, se habian enlazado sus manos para cruzar juntos el camino de la vida, y solo aguardaban la decision de aquel dia para repetir ante Dios el juramento que se habian hecho, de amarse siempre.

Consuelo que habia pasado noches enteras llorando y pidiendo á Dios por Damian, Consuelo que habia creído un momento entrever realizadas sus esperanzas de ventura, tuvo una horrible decepcion con la muerte de Pedro.

La infeliz creyó perder la vida tambien al ver que iba á tener que separarse del hombre de su amor.

Pobre criatura, habia soñado tanto con otros dias mas dichosos, con un hogar, con un compañero que embelleciese su existencia, que la ofreciese pan y abrigo con su honrado trabajo, que la decepcion fué dolorosa, fué cruel.

Y era imposible aguardar remedio á aquella cuita, era inútil buscarle.

Qué saben los felices de amargura! qué les importa á los poderosos algunas gotas de llanto, sino les detienen mucho mares de sangre tampoco.

Pobre Consuelo, su nombre era un sarcasmo para ella que tan sola iba á quedar.

Pasaron muchos dias, pero llegó el designado para la partida de Damian.

La pobre niña que antes pedia á Dios no redujo sus súplicas en que el angel de su guarda guardase su vida en los campos de batalla.

Se resignaba ya esperar, pero no se resignaba á perderle por siempre.

Pobre corazon humano! como cuando la desgracia te oprime vas replegando tus deseos á medida que pierdes tus esperanzas!

Lo que en la calma de la dicha te parece un mal insufrible, en la horas de los dolores te parece un pequeño mal.

Consuelo por su dicha era cristiana.

Esperaba siempre, y siempre rogaba, al amparo de Dios ponía sus venturas ó sus pesares.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez

Seccion Doctrinal.

(CONTINUACION).

El velo blanco.

—Yo ignoraba todo eso! Ahora que ya lo sé, dígame V. cómo comprenderé si le he ofendido en los demás.

—Te hablaré en general de todos, y más que nada de tus deberes de niña, de tus deberes de hija, los más sencillos de cumplir, pero también los más preciosos, puesto que de ellos depende nuestro porvenir.

No debes nunca ni por nada del mundo profanar el nombre de Dios con un juramento falso, irreverente, innecesario, ni pronunciarlo jamás sino con respeto, y veneración: para santificar las fiestas es preciso no solo que concurras al templo, sino que, lo hagas pensando que Dios está allí, que te ve, que te oye, que adivina tus pensamientos; que todos los santos, que todos los ángeles cuyas imágenes rodean su santuario, te miran á través de aquellos ojos de cristal, tienen fija su atención en tí, porque son perennes centinelas que velan por el decoro de la santa casa de Dios.

—¿Y verán lo que pienso también?

—Sin duda alguna; por eso cuanto pidas allí será escuchado, si lo haces con toda la fe de tu inocente corazón.

—¿Y la Virgen me verá también?

—Ella más aun, porque es nuestra madre, y las madres no apartan los ojos ni el pensamiento de sus hijos.

—Desde ahora, cuando entre en el templo estaré siempre con mucha devoción para que me vea, y le diga al Señor que soy buena. Cuando haga mañana mi confesión, diré las veces que he faltado en esto, y como estoy arrepentida de ello, me perdonará sin duda Dios.

Entre todas las faltas que comete un niño, hija mía, ninguna más grave ni más frecuente, por desgracia, que la de no honrar como debiera á los autores de sus días. Los padres, que son la imagen de Dios sobre la tierra, merecen también nuestro amor, nuestra sumisión y nuestro respeto. ¡Ay del hijo que les falta en un punto! ¡Ay del desgraciado que desconoce su autoridad!

—Yo obedezco siempre á los míos.

—¿Siempre? ¿no has olvidado nunca sus mandatos? ¿no has dejado de cumplirlos cuando uno ú otro no han estado cerca de tí? Te pones encendida, Luisa mía! el color de la vergüenza tiñe tu rostro, lo que me revela que estás muy lejos de decir verdad: ya ves, como las manchas de la conciencia suben al rostro, del mismo modo que cuando una manzana tiene una parte poco sana, pierde la superficie su bello color por aquel lado. Afortunadamente, hija mía, Dios es tan bueno y tan clemente que tiene olvido y perdón para todas las culpas, siempre que las conozcamos y le prometamos no incurrir de nueva en ellas.

—¡Oh! yo quiero ser muy buena; pero á veces me enfado cuando mamá me ordena hacer algo en contra de

mis deseos, y si la obedezco es de mala gana, esperando que que se aleje para satisfacer mis caprichos.

—Esa es una falta de la cual te debes arrepentir.

El amor de los padres es el primero entre todos los amores de la tierra. Por eso el mismo Dios quiso que le llamáramos «Padre nuestro.» Amándonos, pues de esa manera, todos sus deseos, todas sus aspiraciones se encaminan siempre á nuestro bien. Aquello que nos proporciona

seguridad que nos es peligroso o dañino, podemos verlo, mandan, es muy cierto, nocivo, y todo cuanto nos mandan, es muy cierto, para un hijo, que tarde ó temprano nos produzca un inmenso bien.

Examina detenidamente tu conciencia, Luisita; recuerda bien en todo lo que has faltado á los que te dieron el ser, ya escuchando con descuido sus consejos, sin pensar que Jesucristo mismo te habla por sus palabras; ya respondiendo á sus exhortaciones con una palabrita, con una mirada, con un gesto de disgusto. Piensa si has abusado de su bondad, si no les has prestado la ayuda que podías, si has mirado con indiferencia sus penas ó sus dolores, y comprende que todo esto sería una ofensa terrible hecha, hija de mi alma, al mismo Dios.

—¡Oh! sí, yo pensaré en todo eso: pero, ¿acaso mi abuelito y el buen padre José, un sacerdote viejocito, y muy pobre que viene todos los días á comer con nosotros, están en el mismo caso?

—Tus abuelos son padres tuyos por dos veces, y ostentan á tus ojos, además de este santo título, el más digno y respetable de la ancianidad.

—¿Y el padre José?

—En cuanto á ese, si por sus blancos cabellos y por su angustoso carácter de sacerdote no fuera ya respetable, lo sería sin duda por su pobreza, por la desgracia que le cerca. Mirale con cariño, hija mía; no hagas amargo con una falta de consideración el pedazo de pan ó la limosna que le ofreces. Los niños que respetan á los pobres y á los ancianos son muy amados de la purísima Virgen.

—¿De veras?

—Sí; yo te lo afirmo.

—¿Y me querrá si yo lo hago?

Mucho. En prueba de ello escucha. Había en una pequeña aldea un precioso niño á quien llamaban Gabriel. Era huérfano, y tan pobre que debía su sustento á la pública caridad.

Pero en medio de su desgracia y de su miseria Gabriel era compasivo con los ancianos, les respetaba mucho, y partía con su pobre abuelita octogenaria la limosna que recibía.

Un día de rigoroso invierno la miserable anciana tiraba acurrucada en un pobre jergón, aterida de frío y próxima casi á morir helada. Gabriel la había cubierto ya con cuantas ropas había encontrado á mano, hasta el punto de quitarse su pobre chaqueta para abrigar los hombros de la anciana.

Continuará

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp. de La Madre de Familia, Darro 45.